

## **HOMILÍA – FUNERAL H. EUSEBIO MUÑOZ FDEZ.-TOSTADO GRANADA, 15 DE AGOSTO DE 2020**

“Predica el Evangelio en todo momento  
y si es necesario usa las palabras”

(san Francisco de Asís)

«El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los testigos  
que a los maestros o si escucha a los maestros es porque son  
testigos» (Pablo VI, *Evangelii Nunciandi* 41)

Estimados celebrante, Hermanos y Hermanas de las zonas comunitarias de Andalucía, Hermanos de la Comunidad de Granada, familiares del Hermano Eusebio y amigos lasalianos que nos hemos reunido para despedir los restos mortales de nuestro Hermano, y celebrar juntos la Vida en Cristo Resucitado: Sed bienvenidos, y gocemos de la presencia misericordiosa de Dios Padre que nos impulsa y nos acoge en la acción sanadora de su Hijo y en el consuelo gozoso de su Espíritu.

La muerte nos hace sentir y ver que la vida humana es frágil y transitoria, peregrina. Esta es la certeza que nos alienta. La Vida nos sale al encuentro, y el Encuentro se hace vida en nuestra historia. Esta es la lectura humana y creyente que hemos de hacer de la muerte, y esta es la esperanza que vamos intuyendo y recreando en este caminar que descubrimos en cada paso, con la mirada siempre puesta en el horizonte, siempre en búsqueda del don de Dios.

Es tiempo para dejarnos sorprender por el Misterio que se descifra en las pisadas de toda una vida que nos dejan las huellas de su Presencia. Las preguntas y las respuestas las hallamos en la memoria creativa de las palabras, en los silencios, las sonrisas y los encuentros que nos ha regalado nuestro Hermano. Su vida ha sido un gran regalo para la Comunidad Lasaliana, para el Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Un regalo único -una pequeña estrella- para sus niños y jóvenes, para todos los que hemos narrado esta historia común con él, llena de humanidad y de amor por la humanidad.

Hermanos y hermanas: Hoy, en memoria de nuestro querido Eusebio, queremos celebrar este encuentro y este abrazo. Sí. El gran abrazo del Padre lleno de ternura y misericordia. La muerte de nuestro Hermano Eusebio nos lleva a cantar las maravillas que obra Dios en nosotros y en su creación, un canto de acción de gracias, y nos invita a manifestar la grandeza de una vida que ha derrochado bondad y mucha generosidad misionera y apostólica.

## **“... El amor nunca se acabará”. La profecía de la fraternidad.**

En la primera carta a los Corintios (1Cor 13) que hemos escuchado, san Pablo nos revela que el amor es la expresión más cierta y genuina de la fe, que sostiene nuestra débil esperanza. Y, sin rodeos, nos dice que los que salvan su vida, los que alcanzan plenitud de humanidad no son los que han creído, ni siquiera los que han contemplado la verdad, ni los que han elaborado profundas teologías, o poseen las más sublimes sabidurías, sino los que han amado como don, profecía y semblante de toda una historia abrazada a la Vida para dar vida: “(el amor) Todo lo aguanta, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor nunca acabará”.

Esta ha sido la íntima experiencia de tu vida, Hermano Eusebio: La experiencia personal, honda, de saberse amado por Dios, con entrañas de misericordia, y la experiencia de encontrar el amor de Dios en el corazón de los hermanos y hermanas, de los que te rodeaban, del mundo, de los más pequeños y vulnerables. Desde la naturalidad, has amado sin medida. Tu vida ha sido un itinerario de acompañamiento -un camino compartido-, siempre a la escucha atenta de los “brotes de vida”, con las manos abiertas y extendidas; un itinerario que has ido trazando en la simplicidad evangélica de tus gestos que nos han hablado de fortaleza, sentimientos, oportunidad, cercanía, solidaridad, compasión, empatía, amistad, fraternidad.

Has sido un gran amante de la vida y del mundo, y siempre desde la mirada de Dios. Y lo has vivido estrechamente con tus Hermanos, con tu familia, con tus compañeros y con los preferidos, tus alumnos, los niños y jóvenes. Tus silencios, tus palabras esperadas, tus presencias oportunas y queridas han sido la fragancia de este amor verdadero, incondicional, entregado. Fragancia que lo llena todo, que calma y serena todo, que reconcilia todo, que desparrama el buen olor de un Dios compasivo y cercano, el Dios del Reino de Jesús.

Y así lo has expresado en cada aliento, en cada “impulso catequético y evangelizador”, sin palabras, con la vida ... No has escatimado ni tiempo ni espacio para “salir a la calle” en búsqueda de los “tesoros” del campo... y evangelizar, y, desde tu fragilidad y sencillez, ser testigo de quién te ha llamado. Así, hoy, nos lo recuerda el papa Francisco: “Si en nuestro corazón no existe el calor de Dios, de su amor, de su ternura, ¿cómo podemos nosotros, pobres pecadores, enardecer el corazón de los demás?” (Congreso internacional sobre la Catequesis, 3 noviembre 2013, Roma)

Hermano, sencillamente, tu vida ha sido una cautivante sonrisa, y un bello rostro y reflejo de un Reino por descubrir, signo de un corazón henchido por el amor de Dios y de tu vocación de Hermano. Como recordábamos al inicio, el papa Pablo VI nos escribía que «El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los testigos que a los maestros o si escucha a los maestros es porque son testigos». Y así se lo escribías a la comunidad de La Purísima: “Muy difícilmente puede un niño tener una respuesta de fe si no la ve en sus padres. El ejemplo de una práctica cristiana arrastra. Las palabras con las cuales se comunica una verdad o realidad de la vida, no son motor de arranque. La práctica de esa misma verdad va calando poco a poco como el agua de lluvia lenta y suave penetra en la tierra. Lo que se da un día y otro día llega a dar fruto”.

Nuestro Hermano Eusebio, probablemente, ha obtenido la calificación más alta en “el examen de amor”. Y de manera singular, ha amado -con corazón abierto y a “fondo perdido”- su vocación de religioso hermano y al Instituto. Amó apasionadamente a África y a todos los países “mal llamados Tercer Mundo”, hasta hacerse en su corazón ciudadano y compañero de los más pobres, los preferidos del Nazareno. Y nada ni nadie, le echó para atrás. Fue para los empobrecidos buen samaritano, un catequista de calle, y, sin palabras, un incansable y “porfiado” mensajero de la Palabra.

En las páginas del cuaderno de su vida, hallamos rostros y nombres que refrendan su “pequeñez”. Agüimes, Puerto Real, Sanlúcar de Barrameda, San Fernando, Salamanca, Madrid (Proyde y la parroquia de Santa Susana), su añorada y muy querida Sevilla y Granada han sido los privilegiados testigos de su vida sencilla y de su “obstinada” misión evangelizadora. Una mochila, unos cuadernillos elaborados por él, unos lápices y... el copioso entusiasmo -casi “desenfrenado”- de compartir su sueño: Ser catequista de los pequeños, testigo y mensajero del sueño de Dios.

## **La mística de los “pequeños”: Tierra fértil del sueño de Dios.**

El mensaje del Evangelio (Lc 10, 21-22) que hemos proclamado esta mañana nos coloca ante una situación muy peculiar de Jesús: lo invade una enorme alegría, el Espíritu Santo lo inspira y exclama: “¡Te alabo, Padre, Señor de cielo y tierra, porque, ocultando estas cosas a los sabios y entendidos, se las diste a conocer a la gente sencilla!”. Jesús revela a los pequeños sus misterios.

Para todos nosotros, los que hemos convivido y conocido la humanidad de nuestro Hermano Eusebio, él ha sido y ha vivido como uno de los “pequeños”. Y sé que en él hemos descubierto esa relación estrecha y entrañable de Jesús que le hace portador de alguno de sus secretos. Él (Jesús de Nazaret) ha sido el misterio desvelado en los rostros de sus preferidos. Y es que nuestro Dios no necesita gente orgullosa y “entendida” para hacer grandes obras; le basta con los sencillos.

Y en la última etapa de su vida, nuestro Hermano ha soportado otra “misión”, que se desató en su cuerpo. Una misión callada, que fue afligiendo su tierra humana, como una nueva oportunidad para llevar la alegría del Evangelio. Su enfermedad no fue obstáculo ni objeto de renuncia para seguir desarrollando su labor de apóstol. En este caso, Dios Padre le envió ángeles que le acompañaron, cuidaron, en un momento u otro. Muchas y muchos de los que estáis aquí habéis sido para nuestro Hermano “ángeles custodios”, con vuestra amistad, fraternidad, con vuestra cercanía, vuestras sonrisas y saludos. Habéis sido mensajeras y mensajeros de Dios para cuidar a su hijo querido. Quizá por eso la batalla en su cuerpo, no le borró la sonrisa ni el amor, ni el ímpetu apasionado de discipular. Siempre en camino, caminante.

Hermano Eusebio, ahora es el tiempo para preguntarle a Dios Padre, ahí, en su presencia, como lo hizo el personaje del evangelio: ... y ¿cuándo te vi con hambre, con sed, desnudo o en la cárcel? (cf. Mt 25) Cara a cara, déjate mirar cariñosamente por Él y Él te responderá con una gran mirada de Padre-Madre que acoge y aprueba... Sus brazos cálidos te rodearán y sabrás cuánto amor en la inmensidad de su querer... Ahí

encontrarás el abrazo de los bienaventurados, de los sencillos y pequeños, que han hecho de sus vidas “tierra fértil del sueño de Dios”.

Gracias, Hermano Eusebio, por este camino compartido, y por ofrecernos una forma auténtica de ser hijo de Dios, creador de una historia que se fragua en los gestos convencidos de entrega y silencio, de generosidad y fraternidad, de espera y esperanza. Una historia convencida y convincente del seguimiento de Jesús, manifestada y defendida en tu pasión y amor por la escuela, y por esa confirmación permanente de tu sí al Señor en el carisma de san Juan Bautista de la Salle.

Con María, Hermano, sigue pidiendo por nosotros, tus Hermanos, por tu familia y tus amigos, por ese mundo humano y más hermano que siempre soñaste, donde todos tengan cabida, sin fronteras ni cunetas; pide por esa escuela que siempre has amado y por la que has luchado, hasta dar la vida. Has sembrado buena semilla. Te reconocemos como el “catequista de la sonrisa”, profeta de un mundo más fraterno. Y, como el profeta Pedro Casaldáliga, ahora dirás: “Al final del camino me dirán: ¿Has vivido? ¿Has amado? Y yo, sin decir nada, abriré el corazón lleno de nombres”.

Que sigas en nuestra memoria, ayudándonos a seguir creando nuestra historia, tu historia. Y antes de decirte “hasta cuando nos veamos”, te abrimos las ventanas y las puertas del patio de tu amado Cole de La Purísima para que escuches las voces pequeñas e inocentes de nuestros niños y niñas, de nuestros jóvenes y, desde tu presencia confidente y compasiva, te sientas acompañante de sus sueños. Que seas su privilegiado valedor e intercesor de sus ruegos y proyectos vocacionales. ¿Los oyes?

¡Qué descansas en la paz del Dios de la Vida!

H. Juan González  
Visitador Auxiliar Distrito ARLEP